



ARTE, ECONOMÍA Y DERECHOS HUMANOS

Carlos Alejandro Ponzio de León

Este breve ensayo tiene por objeto resumir el trabajo que los economistas han venido realizando durante los últimos cuarenta años en materia de arte, economía y derechos humanos, y que han encontrado su mayor expresión en la reciente publicación de más de 1300 páginas conocidas como *Handbook of the Economics of Art and Culture*, esfuerzo de Victor Gishburg, David Throsby, y cincuenta colaboradores más. Un tema de extraordinaria importancia para los estudiosos del derecho que como saben, en París, una tarde del 10 de diciembre de 1948, la Asamblea General de las Naciones Unidas recogió en treinta artículos lo que consideraba derechos humanos básicos.

Ahí se incluyó el derecho a participar en la vida cultural de la comunidad y para disfrutar de las artes. Más de medio siglo más tarde, la creatividad se ha vuelto un elemento muy importante de las economías actuales. A lo largo de la historia, el mundo pasó de una economía agrícola a una economía manufacturera a una de servicios, y en la actualidad, a una nueva estructura influida por tecnologías de comunicación, donde además, la creatividad es un insumo fundamental para las empresas, contribuyendo significativamente a mantener la competitividad de muchas de ellas en el mundo globalizado. La creatividad se convertirá, por tanto, en el nuevo motor del crecimiento económico.

Las nuevas tecnologías han abierto nuevas oportunidades para la creación artística, y presentan un reto para las actividades tradicionales realizadas por etnias. Sin embargo, los incentivos para la creatividad comienzan a moverse en un sentido contrario al deseado. Se facilita la diseminación de obras de arte, pero atentando contra muchos derechos de los artistas. Para una sociedad, sus objetivos y la eficiencia

con que trabaja son afectados por el estado de su cultura, y en muchos casos, la cultura ha sido responsabilizada del atraso de algunas economías. En la medida en que la ética para el trabajo, el respeto a la individualidad, la propensión a la colaboración, el valor del pragmatismo, y la misma autoconfianza de los miembros de una sociedad, dependen de su cultura, ésta podrá ser el centro de una política del desarrollo económico y de los derechos humanos.

¿Qué industrias culturales deben promoverse? ¿Qué tipo de apoyo deben recibir los artistas? ¿Cómo se ve afectada la creatividad de una sociedad ante el comercio y migración internacional? ¿Cómo debe promoverse el arte de las sociedades tradicionales? ¿Cómo puede promoverse la participación privada en la conservación de nuestra herencia cultural? ¿Cómo pueden mejorarse las condiciones de trabajo de los artistas? ¿Cómo promover una cultura de respeto a la expresión artística? Son interrogantes que nuestra sociedad deberá resolver de una manera más consciente, antes de agotar la cultura nacional.

México y Latinoamérica se han distinguido durante las últimas dos décadas por sus movimientos hacia la privatización, aunque el apoyo público a las artes no se ha reducido. Quizás sea porque el concepto de valor cultural no encaje correctamente en el lenguaje del mercado, y deba tenerse mayor cuidado con la promoción internacional a la producción artística. Las tendencias mundiales no necesariamente benefician el desarrollo y sustentabilidad de las diversidades e identidades culturales de nuestros países.

Conservar la herencia cultural y promover el desarrollo de una identidad propia conlleva un costo de oportunidad, un hecho que suele lastimar la sensibilidad nacional. Pero de alguna manera debe mejorarse la conexión entre crecimiento cultural y desarrollo económico, involucrando aquí reco-

mendaciones de política para museos, secretarías de estado como las de educación y economía, con el fin de promover la generación de clusters culturales y artísticos.

La definición antropológica de cultura nos lleva a conductas, actitudes, creencias y valores comunes en un grupo, dando identificación y unificación a los miembros de éste. Pero la cultura también puede definirse funcionalmente como los productos y prácticas de actividades que denominamos como "culturales".

Para los economistas, los bienes culturales suelen poseer ciertas características. Primero, el gusto por un bien cultural crece a medida que se consume más de éste (el gusto por la música clásica o la pintura, es mayor mientras más música clásica se escucha y más cuadros se aprecian, de la misma manera que se crea una adicción racional). Segundo, los bienes culturales también pueden poseer las características de un bien público (por ejemplo, porque el consumo del bien cultural - Una Sinfonía de Beethoven - por parte de una persona no reduce el consumo de otra, a diferencia del consumo de una manzana, que al ser disfrutada por un individuo en particular, no puede serla por otro). Tercero, en el agregado, los bienes culturales producen externalidades difusas para las cuales puede existir una demanda en sí misma. Cuarto, los bienes culturales suelen llevar mensajes simbólicos para quienes los consumen, con un propósito comunicativo. Quinto, poseen propiedad intelectual. Sexto, conllevan a formas de valor que no necesariamente pueden expresarse monetariamente dentro de un mercado real. Y séptimo, los bienes culturales pueden llegar a ser distintos o confundidos por bienes artísticos.

En el siglo XVII, el arte y la cultura se veían como extravagancias inútiles de la aristocracia, o como distracciones peligrosas para la clase trabajadora. Para algunos autores de la época, el precio de las obras de arte era determinado por factores de demanda (moda y búsqueda de distinción). Pero David Hume percibió beneficios sociales en el arte, y para Adam Smith, el arte era la imitación de la perfección. Sin embargo, para el utilitarista Jeremy Bentham, el arte era como cualquier otra forma de entretenimiento. No fue sino hasta el establecimiento del grupo intelectual en Inglaterra al que John M. Keynes estuvo asociado, que los economistas distinguieron la experiencia artística del simple consumo humano.

Las artes no son un bien de lujo. Más bien, la educación de una persona es el determinante más importante en la demanda de arte, más que el ingreso. Desde el otro punto de vista de la gráfica, el de la producción, para muchos estudiosos, el arte no es un proceso mecánico que pueda sujetarse a funciones y rendimientos preestablecidos, o a tecnologías de producción, en los que existen relaciones insumo-producto predecibles; sino que más bien, la suerte, la inspiración y la imaginación, juegan el papel importante, quizás de manera similar a como ocurre en el proceso de generación y desarrollo de nuevas ideas y tecnologías. Con una diferencia: el mercado al que le corresponde valorar los desarrollos artísticos es más incierto que el de innovación de productos tradicionales.

Corcoran, Galería de Arte
Exhibición del primer piso



Quizás por ello, el rendimiento económico de las prácticas profesionales artísticas en las artes sea mucho menos que en otras ocupaciones comparables por el tiempo de estudio y aprendizaje. Los artistas deben mantener múltiples trabajos y la variabilidad de sus ingresos es muy alta, por lo que la actitud ante el riesgo de cada individuo es un elemento importante en su decisión de participar o no en el mercado laboral de la cultura y las artes. Para los artistas, la motivación no pecuniaria es alta, mucho más alta que el de personas que eligen otras carreras profesionales.

A lo largo de la historia, el mercado laboral del artista ha pasado de empleos de largo plazo a estructuras basadas en proyectos donde el riesgo es absorbido por el oferente del trabajo, no por el demandante. No obstante las dificultades del mercado, existe un consenso económico: Hay exceso de oferta en el mercado laboral de los artistas, quizás por la atracción de volverse una superestrella, aunque la evidencia aquí es aún incipiente, tanto como en el estudio de otros fenómenos que sugieren que el factor más importante en el éxito artístico sea el talento innato. Una "verdad" que ha sospechado la humanidad desde siempre.

Las dificultades del mercado de productos culturales llevaron al desarrollo, en el siglo XX, de empresas sin búsqueda de beneficios como un camino para la sobrevivencia de las Bellas Artes y demás artes "serias". Más que la generación de beneficios económicos, estas empresas buscan la excelencia artística y la innovación, además de empatar sus objetivos con los de donadores, tanto públicos como privados. La estructura de costos de estas empresas suelen tener sus características propias: Costos fijos altos y Costos marginales cercanos a cero, operan bajo mucha incertidumbre, y la tasa de éxito es muy baja (pero en caso de obtener frutos positivos, los ingresos pueden ser altos).

Los primeros mercados de arte surgieron en Italia y Flandes durante el Renacimiento. Los mercados secundarios (de reventa) nacieron poco tiempo después, desarrollándose las subastas en el norte de Europa y en el Reino Unido. Pocos elementos en el funcionamiento de éstas ha cambiado desde entonces, o más bien, de entre los métodos actuales de subasta, muchos ya estaban presentes desde el nacimiento de estos mercados.

Para los compositores de música, las oportunidades de empleo estaban en las cortes e iglesias, aunque a partir de 1750,

el crecimiento económico permitió la acumulación de riqueza privada y el surgimiento de patrones privados, al tiempo que surgía un mercado para la publicación de partituras y la posibilidad de ofrecer tours de concierto.

Lo que ahora sabemos es que los gustos musicales suelen ser determinados por el sistema escolar, y la investigación aquí ha sido conclusiva: En Austria, entre los siglos XVII y XIX, los maestros enseñaban canto y violín. Esta fue la tierra donde vivieron Mozart, Haydn, Beethoven y Schubert. En el mercado de pinturas y esculturas, así como en el de antigüedades y joyerías, siempre han existido galerías y tratantes, elementos que han sido remplazados, hasta cierto punto en la actualidad, por subastas tanto en salones como en Internet. Hoy en día, las más importantes obras de arte solo se comercian en subastas.

El economista William Baumol estudió la posibilidad de invertir en arte, y encontró que la tasa real de rendimiento de este activo es dos puntos porcentuales menos que el rendimiento de los bonos, atribuyendo la diferencia al rendimiento del placer estético que obtiene el poseedor de la obra de arte. Otros economistas han estudiado los precios de las subastas para analizar temas adicionales como selección de portafolio y el efecto "obra maestra" (¿las obras maestras alcanzan un mayor rendimiento? La respuesta parece ser "no").

El hecho es que los mercados de arte operan bajo ciertas ineficiencias y anomalías, las cuales se reflejan en los bajos precios de las obras de arte, un hallazgo establecido a pesar de las dificultades para construir precios índice y series de rendimiento debido al carácter heterogéneo de la obra de arte. Hacia mediados del siglo XVII, las copias de pinturas y esculturas solían venderse a mitad del precio del original, pero la situación se transformó hacia finales del XIX, cuando el precio relativo de la copia declinó dramáticamente. Sin embargo, las copias siguen produciéndose y vendiéndose.

La pregunta legal más interesante, por excelencia, ha sido la del derecho de los artistas, tema íntimamente ligado al de rendimiento económico, especialmente cuando hablamos sobre "copyright", ya que aunque éste impone restricciones sobre el mercado, promueve la eficiencia. Queda aún un mundo de derechos por estudiar (morales, de propiedad, autenticidad, de reventa), pero en todos los casos, la problemática asociada al tema de derechos proviene de las nuevas tecnologías de la información. Los artistas no han sabido cómo convertir al Internet en beneficio propio. Por una parte, les permite mostrar su trabajo sin intermediarios, pero por otro, facilita la copia.

Finalmente queda pendiente el asunto de la censura de obras que pueden considerarse como ofensas religiosas, políticas, étnicas, o de otra índole; temas que siempre se han discutido al nivel de opinión pública, pero cuyos efectos sobre el desarrollo de mercados subterráneos han sido menos entendidos.

¿Puede el mercado sostener al arte y la cultura en sus niveles óptimos? Esa es la pregunta más importante al momento, pero antes habría que definir la palabra "Arte", que inicialmente se refería a cualquier habilidad del hombre, para luego convertirse en una verdad imaginativa distinta al resto de las actividades humanas, de manera similar que la palabra "cultura" pasó de significar costumbres a desarrollo intelectual.

Los historiadores han establecido que en una economía de subsistencia, una actividad artística podría ser equivalente al ocio, significando hambruna y muerte (ignoremos los pinturas rupestres en cavernas de Francia y España, por el momento). De ahí que el disfrute del arte signifique en términos modernos el llevar una buena vida. Pero para los economistas, la decisión social más importante ha sido la que sacrifica consumo a favor del ahorro y la inversión, determinando así la frontera de posibilidades de producción del futuro. En la mente tradicional del economista, el crecimiento económico surgió cuando la iglesia y la monarquía perdieron poder en la historia, terminando sus extravagancias. Sin embargo, debemos recordar que durante los últimos tres siglos medievales (ca. 1000-1350) de dominación católica pudieron verse patrones de crecimiento económico en Europa. El arte no es inconsistente con la modernidad del progreso material.

Para los mercantilistas, la promoción del arte nacional es recomendable mientras ello promueva una balanza comercial favorable. Sería hasta más tarde que se consideraría que el arte únicamente alimentaba la vanidad y el vicio, porque ¿qué pasiones podrían despertar el mercado y el comercio? La clave para el desarrollo económico sería el control de las pasiones (la muerte del arte) y con ello el fin de la envidia que alimentaba el comercio de pinturas y esculturas.

Para John Bodin, el artista era el último en el rango de la sociedad, y el precio de una obra de arte subía si el Rey la deseaba, porque el resto de la sociedad estimaría en mucho esa pieza, aunque no lo valga. He ahí el origen del término "Consumo Conspicuo". Cuando los señores veían que sus súbditos también poseían cosas que los señores deseaban, entonces las despreciaban, como fue el caso de las perlas. A final de cuentas, detrás del gran costo estaría el gran gusto.

Para Mandeville había cuatro factores determinando el precio de una obra de arte: (1) La fama del artista, (2) La reputación de los dueños de la obra, (3) Lo escasa de ésta y (4) El acercamiento de la obra de arte a la naturaleza. Este es el período en el que la obra de arte debe imitar la naturaleza, pero solo naturaleza agradable, bella, el resto debería ser evitado.

Para Galiani, el factor que determina el precio de una obra de arte era la moda. La belleza podía ser de dos clases, la primera, basada en ideas, la otra, en los sentidos, y ambos factores hacen aparecer la belleza de una obra, pero en ambos está presente la moda. Por supuesto, qué tan única es la pieza y qué tan monopolizada se encuentra la obra, también afectan al precio, sobre todo cuando no hay substitutos de ésta. Los grandes maestros ni pintan para la gente común, pensaba Galiani, sino para aquellos de pensamiento refinado. Pero el autor creía que las artes debían representar un principio moral más que la verdad o naturaleza de los eventos.

Era para Mandeville que el arte podría modular las pasiones humanas, sirviendo de ruta hacia la virtud. Como ejemplo la ópera, una oportunidad para enseñar lecciones morales.

David Hume fue uno de los primeros escritores del siglo de las luces en rechazar que todo lujo, incluidas las Bellas Artes, fueran vicio y desperdicio, sino que de hecho, para él, el arte podría tener un beneficio social, como el refinamiento y la gratificación para los sentidos, aunque consideraba que el límite entre virtud y vicio era difícil de definir. Sin embargo, la profesión económica rechazaría esa concepción de las artes como un bien excepcional.

Hume voltearía a sus conocimientos de la historia para argumentar que las épocas de mayor refinamiento eran a su vez las de mayor felicidad para la sociedad, ya que el progreso económico acompañaba el desarrollo artístico: la industria, el conocimiento y la humanidad siempre han estado íntimamente relacionadas, y cuando el lujo nutre el comercio y la industria, también permite al pueblo enriquecerse y obtener independencia.

El arte tiene un impacto psicológico sobre el comportamiento humano, permitiéndole mayor vigor, poderes y facultades, ocupando la mente y alejándola del ocio. El arte provoca, desde el punto de vista de Hume, externalidades positivas, como mayor productividad del trabajo. Sin el arte, los hombres se hundirían en la indolencia, perdiendo el gusto por la vida. Además, las artes eran esenciales para el desarrollo de una democracia al favorecer la libertad y un gobierno libre, la esencia de las virtudes cívicas. Las artes, al final de cuentas, contribuyen a controlar la indolencia y brutalidad.

Para un escritor como Turgot, el origen de las distintas tasas de progreso económico entre las naciones se encontraba en sus diversos desarrollos del arte y de las ciencias. Eso concluyó luego de revisar la experiencia histórica. El talento es distribuido de manera desigual entre los habitantes de una nación, y distintas circunstancias pueden llevar a desarrollar esos talentos o a enterrarlos en la oscuridad, de ahí las diferencias en los progresos de las naciones. Los casos de Grecia, Roma, Norte de Italia y Flandes, podrían ser prueba de la necesidad del arte para el progreso económico.

Para Turgot, la creatividad no era suficiente para el desarrollo de las artes, también es necesario el patronaje. El origen del arte se encontraba en la música, la danza y la poesía (una combinación que aproximadamente seguimos observando en videos de música pop). El gran peligro, para Turgot, es que el gusto artístico puede perderse por diversas causas morales, todas ellas corrompiendo el espíritu y moviéndolo hacia la apatía.

Finalmente, Adam Smith desarrolló su pensamiento estético en su Teoría de los Sentimientos Morales, pero la pregunta que le intrigaba era ¿por qué la sociedad compra arte? La respuesta la veía en costumbres y modas, algo que pocos compradores admitirían. Por el lado de la producción del arte, Adam Smith notó que entre los artistas había una búsqueda de una perfección ideal. Y observando los sueldos de los artistas, reconoció que éstos requerían de admiración pública para compensar sus labores. Fundó la posición del economista moderno. Para él, artistas respetables crean obras no vendibles, improductivas, y a pesar de ellos, reconoció un valor legítimo, intangible.

Fue durante sus últimos años que Adam Smith concedería un papel más importante al Arte, donde la producción artística, según reconoció, cambia con el progreso económico y de la humanidad. Para él, el arte podría convertirse en un bien inferior cuya demanda se reduciría con el progreso económico, debido a que el disfrute de éste demanda demasiado tiempo e inversión en las sociedades avanzadas. Un problema que es precisamente el que enfrentan desde hace más de un siglo las artes serias, y que ponen en disyuntiva a nuestras sociedades modernas, encargadas de salvaguardar y acercar el arte a la población, justamente como uno de los Derechos Humanos Universales.

“

Sin el arte, los hombres se hundirían en la indolencia, perdiendo el gusto por la vida...

”



John Alexander, "Life on a Merry Go Round" 2010



Pat Rocha, "A Streamline World" 2010